Tema
2

# Ética y persona: realización. Una mirada al misterio del mal

Acabamos de estudiar el origen de la persona humana, la respuesta a la cuestión: ¿desde cuándo soy persona? Más allá de la importancia que envuelve este grave problema en la sociedad actual debido a la urgencia que reclaman el aborto y otras acciones que exigen de la luz de la bioética, lo que ahora nos interesa es descubrir que esa persona que comienza su andadura como ser unicelular va viviendo su vida sin solución de continuidad desde ahí en adelante. Se trata de una vida que se va incorporando de manera personal a la propia intimidad. El hombre por ser inteligente, tener conciencia y ser libre es también un ser biográfico. Los animales viven, pero no tienen biografía en sentido estricto, ellos están siempre en el 'es' del presente, sin embargo, los hombres somos carne enmemoriada, llena de nuestros 'he sido' desde los que vivimos el ahora como un ir siendo proyectivo de nuestro futuro. Ese futuro proyectado constituye nuestro presente aquí y ahora, se maranatiza[69] el incierto 'seré' en el ahora, somos *futurizos*[70]: nuestro presente es el que es en función del futuro que proyectamos, uno u otro. Pasado y futuro son ingredientes del presente del hombre como no lo son de nuestros hermanos animales.

Por eso, ya lo hemos estudiado (cf. tema 2 - UD 2), el hombre es temporal, tiene temporalidad por ser alguien carnal con conciencia. Ser temporales nos constituye en peregrinos (*homo viator*) hacia nuestra plenitud, hacia nuestra meta. Esa meta está iluminada por nuestro ser personas y por nuestra naturaleza, pero también es una meta que concreta cada cual, con su libertad, proyectando desde su creatividad su identidad futura. Un futuro y un presente libres y responsables a la vez.

Este es el camino de realización de la persona que se puede resumir en la búsqueda y consecución de la felicidad. Irla logrando es tarea para la que nuestras facultades nos capacitan, pues somos seres con un deseo y una sed de infinito que se abre y sigue abriendo constantemente. Nuestra inteligencia, voluntad y sentimentalidad nos lo han mostrado. Por eso la felicidad tiene tanto que ver con la verdad, el esfuerzo, la amorosidad y la libertad, libertad para amar, libertad de calidad. Si quiere, puede revisar el tema 3 - UD 2 donde lo estudiamos.

**69.** *Marana thá!*, es el "¡Ven, Señor Jesús!" de la liturgia y de los primeros cristianos que no consiste solo en un deseo de futuro, sino en una tensión del presente desde ese futuro deseado que cambia el mismo presente que se está viviendo.
**70.** Expresión de Julián Marías. Cf. J. MARÍAS, *Persona* (Alianza, Madrid 1996).

El deseo de ser feliz en plenitud se va realizando parcialmente mediante la apropiación de posibilidades, posibilidades que nos ofrece el mundo, la cultura, los demás y posibilidades que inventamos nosotros. Al apropiarnos una posibilidad, p. e., amar a mis hijos, ser honrado en mi profesión, compartir mis bienes, ver Hamlet, etc., damos poder a esa posibilidad sobre nosotros, hacemos que esa posibilidad y no otra nos configure, sea personalidad nuestra —soy amante, honrado, generoso, aficionado a Shakespeare— vamos dibujando la figura de nuestra felicidad, de nuestra vida lograda. Esa figura es configurada en libre creatividad con la ayuda de la verdad moral de nuestro ser personas. Por eso nuestra libertad puede encaminarnos a verdaderas plenitudes o descaminarnos hacia vías muertas o mortales. Como con tanta fuerza subrayó Lévinas, nos descubrimos responsables de nosotros mismos, de los demás y del mundo. Aunque el deseo de felicidad puede completarse de modos muy diversos se descubre bajo la luz interior de nuestro ser personas que el hombre es más feliz cuanto más ama y es amado; nuestra felicidad está llena de interpersonalidad y de relación con Dios. Esta es la vocación fundamental del ser humano.

Ahora bien, el hombre peregrino es también un hombre falible y frágil; también las circunstancias de la vida pueden truncar sus proyectos y sobretodo pueden afectar al proyecto central de la vida. Antes de afrontar el papel de la muerte (cf. tema 1 - UD 4), en nuestro ir caminando topamos con dos limitaciones u obstáculos a la felicidad: el sufrimiento (fruto de nuestro ser de carne en el mundo) y el mal moral (consecuencia de nuestras acciones libres). Dolor y mal: ¿son meras limitaciones?, ¿tienen algún sentido o papel?

Por eso procedemos al estudio de la persona en su vocación a la felicidad, y los obstáculos a esta, en tres pasos.

## Esquema

I. Persona y realización, llamados a la felicidad: vocación y proyecto
   - Deseo, plenitud, vocación y Dios
   - Libertad y esperanza
   - Felicidad

II. El hombre ante la enfermedad y el sufrimiento
   - La persona humana es un ser expuesto al dolor: *homo patiensa*
   - Reacciones ante el dolor

III. El hombre y el mal moral: el misterio de la iniquidad
   - La conciencia moral
   - Dimensiones del mal
   - ¿Por qué hacemos el mal?

# I. Persona y realización, llamados a la felicidad: vocación y proyecto

## Deseo, plenitud, vocación y Dios

En el interior de la persona nos encontramos con el deseo, un deseo que nos constituye como seres en búsqueda de una plenitud y que pone en marcha todos nuestros recursos para conseguirlo. La apertura y sed que manifiesta el deseo es infinito. No hay nada en nuestro mundo, ni siquiera el amor interpersonal —que es lo que más se le aproxima— que pueda llenarnos del todo. Sólo un bien infinito, el infinitamente Bello y Bueno puede saciar nuestra sed.

Como el deseo es infinito podemos deponer una esperanza infinita en bienes finitos, en ese sentido los convertimos en ídolos. Sin embargo, la realidad, antes o después, nos muestra la verdad: no pueden llenarnos, y por eso viene la desilusión y la frustración. Desilusión y frustración son las huellas que el deseo infinito deja en nuestro corazón para que prosigamos el camino que busca la felicidad absoluta, son señales del camino a casa que bien interpretó Agustín de Hipona. Somos seres que desean con todas sus fuerzas naturales a Dios, somos anhelo divino (tema 3 - UD 2).

Salvo que renunciásemos a todas las líneas de razonabilidad y apostásemos por un absurdo absoluto, la sed interior del hombre apunta hacia la verdad de un Dios capaz de colmarnos. Del mismo modo que si nos encontrásemos un animal sediento en medio del desierto deduciríamos con verdad que dentro de su radio de acción vital hay agua, análogamente nuestra sed apunta con fuerte razonabilidad la existencia del infinito capaz de saciarnos.

El deseo constituye en nuestro interior un punto que nos pre-tensa, como el arquero tensa el arco, hacia la plenitud. Este deseo ontológico es la llamada en nuestro ser más íntimo a la felicidad, a Dios. Por eso podemos hablar de la persona como vocación a la felicidad, vocación a la plenitud, vocación a Dios; la felicidad, la plenitud y Dios nos llaman desde nuestro interior. Incluso un drogadicto cuando se droga está buscando la felicidad, estaría buscando a Dios —sin saberlo—por caminos que descaminan.

> "A diario siento un deseo sin límites por todo lo que es belleza y bondad. Y por la noche, al acostarme, al acabar mi plegaria con las palabras 'Gracias, Dios mío, por todo lo Bueno, Amable y Bello', mi corazón se alegra. Lo amable es Peter, el despertar de una ternura que sentimos sin atrevernos a darle un nombre ni a rozarla siquiera, pero que un día va a revelarse en todo su significado: el amor, el porvenir la felicidad. Lo Bello es el mundo, la naturaleza y la gran belleza de todas las cosas hermosas juntas". ANA FRANK, *Diario*: 07-03-1944[71].

Este deseo de Dios y vocación de plenitud toman en nuestra inteligencia la forma de voz, voz que grita con fuerza silenciosa nuestra grandeza, nuestra posibilidad más alta y el camino o descamino que tomamos. Muchas veces esta voz del ser personal se traduce en inquietud o quietud según la dirección que tome el peregrino. Esta voz dice decires de objetividad porque surge de la verdad de la constitución de

**71.** Ana Frank estuvo escondida y encerrada en condiciones terribles dos años durante la II Guerra Mundial.

nuestra persona. En el terreno ético esta voz se modula como conciencia que articulada por la prudencia —y desde la luz de la ley natural y la reflexión— ilumina el camino del hombre hacia su felicidad.

## Libertad y esperanza

Que seamos llamada y vocación no significa en ningún caso que nuestra vida esté pre-decidida o predeterminada. El destino del camino, la meta final, la decidimos con nuestra libertad. Somos libres de verdad, limitada y fundadamente libres, pero absolutamente libres, con esa libertad que es señorío y autodominio para amar, creciendo en nuestra capacidad de amar cada vez con más calidad. Tenemos una libertad que va conquistando, si la cuidamos, nuevas profundidades personales de libertad (cf. tema 3-UD 2). Con nuestra libertad decidimos real y responsablemente nuestro futuro, hacemos nuestros proyectos y elegimos tanto lo puntual del ahora como la orientación global de nuestra vida.

De la realidad de nuestro elegir pende la verdad de la responsabilidad. Respondemos ante nosotros mismos y ante el Absoluto divino que resuena en nuestro interior, somos responsables. Es absolutamente errónea la visión que se expresa en los términos: "estaba escrito que iba a ser médico", "estaba escrito que me casaría contigo", "estaba escrito que sería religiosa". Desde el lado del hombre en todas y cada una de estas posibilidades late una elección libre: "quise ser médico", "quise casarme contigo", "quise ser religiosa". Y del mismo modo que quise, podría no haber querido o haber querido otra posibilidad. Sólo quien vive bajo violencia o con una libertad inmadura puede decir con cierta verdad que le han elegido la profesión, el esposo o la vocación, pero tanto en caso de violencia como de inmadurez hay una honda carencia en la acción humana.

El deseo nos mueve a atrevernos a amar y soñar con audacia, a realizar un proyecto que merezca la pena, a destinarse uno mismo más allá de las propias posibilidades. Así ha funcionado también la ciencia: soñamos volar, deseamos volar, inventamos las máquinas para volar. De este modo creamos una nueva posibilidad. Lo mismo ocurre en los ámbitos más interpersonales. Nuestra vocación a la felicidad está llena de deseo, imaginación y verdad. El hombre no vive un simple presente, lo que 'es', somos un ir siendo desde el pasado —memoria— hacia el futuro que actúa aquí. Somos proyectantes, futurizos. El hombre para elegir y actuar supera la realidad dada, da un giro por la irrealidad para proyectar un futuro que, aunque incierto, va plasmando con su acción en su vida y en el mundo.

También la teología nos recuerda que Dios es amante de nuestra libertad, que invita con suave y honda llamada, pero que nunca predetermina; a Dios le gusta que ejerzamos la libertad en la que nos ha creado, ama nuestra creatividad. El Dios que la filosofía puede descubrir también es un Dios que promueve nuestra libertad, que llama y suscita nuestra libertad, que se compromete con nuestra elección, que nos dice: "Tanto si te haces médico como ingeniero, si te quedas en España o te vas a la India, yo estaré en tu camino, elige tú". Es un Dios que ilumina todos esos caminos, pues nos ha hecho participar de su creatividad, nos ha hecho, en expresión de X. Zubiri: cuasi creadores. Por eso su luz toma forma de aviso objetivo y voz de alarma solo cuando nuestro camino elegido contradice nuestro ser y nuestra verdad. Dios se experimenta como luz y fuerza para nuestra vida y nuestros proyectos.

"El mejor remedio para el que tiene miedo, o se siente solo o desgraciado, es salir al aire libre y encontrar un lugar solitario donde poder estar en comunicación con el cielo, con la naturaleza y con Dios. Solamente entonces se siente que todo está bien así y que Dios quiere ver a los hombres dichosos en medio de la naturaleza sencilla, pero hermosa". ANA FRANK, *Diario*: 23-02-1944.

*La verdad de la acción humana como creativa y la verdad del papel de Dios, llenan la temporalidad con un vector de esperanza. Deseo, vocación, libertad y Dios nos descubren la dimensión biográfica de la persona atravesada por la fuerza real de la esperanza, frente a todo pesimismo materialista o existencialista, el futuro está abierto y en nuestras manos.*

Los caminos concretos que elegimos para vivir en plenitud desde nuestras dotes y preferencias son obra nuestra, decisión nuestra, libertad nuestra, eso sí, posibilitada también por la sociedad, por la familia y por Dios. La vocación de felicidad y de Dios está presente en todos los caminos en la medida en que son caminos en que la persona con su verdad personal, trascendente y amorosa, realiza su ser libre. Por eso, si uno elige, y puede hacerlo, caminos que contradicen la verdad de la persona, trascendente y amorosa, en su naturaleza, en su dignidad o de cualquier otra forma, se convierten en caminos que alejan de la plenitud, en vocación frustrada, en rutas hacia la desdicha personal, que irán haciendo saltar las alarmas de nuestra naturaleza, nuestra persona y nuestra religiosidad. No siempre es fácil escucharlas:

"A los jóvenes nos resulta doblemente difícil conservar nuestras opiniones en unos tiempos en los que se destruye y se aplasta cualquier idealismo, en los que la gente deja traslucir sus peores cualidades, en los que se duda de la verdad, de la justicia y de Dios". ANA FRANK, *Diario*: 15-04-1944.

En la peregrinación hacia la plenitud, precisamente es esta plenitud última la que confiere carácter motivador a los diferentes deseos o motivos intermedios. La fuerza de una certera teoría de la motivación descansa en la fuerza 'a tractora' de la vocación, ella llena el resto. Desde ahí se puede interpretar la conocida *Escala de Maslow* que clasifica psicológicamente los deseos y motivos piramidalmente desde los más básicos a los más espirituales. Es cierto que hasta que no se realizan las necesidades más básicas hay ciertos valores superiores que no se liberan o resultan planteables, pero, ¡ojo!, solo hasta cierto punto. La experiencia nos muestra que una persona con hambre no es alguien ciego para lo espiritual, hay casos en que precisamente ocurre lo contrario. La llamada originaria al ser y a la plenitud es capaz de resonar aún en medio de las dificultades materiales más extremas, la persona hambrienta no deja de tener también hambre de Dios.

## Felicidad

La vida de la persona es vocación; llamada a su plenitud, la persona busca su realización por apropiación de sus posibilidades más personales y por crecimiento de su libertad. La vocación primera es el amor de sí misma y los demás y el amor a Dios.

En esto radica la felicidad: plenitud de nuestro ser, realizados al máximo en nuestras capacidades. Felicidad no es el mero placer, ni un sentimiento, ni un estado o hábito. Tiene que ver más bien con la condición y el ser del hombre ante una vida lograda en la que hay armonía de la persona. La vida se logra cuando va alcanzando su fin (*telos*) poseyendo el bien incondicionado, el bien absoluto, Dios. Esto sólo es posible si además hay donación por su parte. El hombre se abre al don del Don, paradoja que descubrimos en la filosofía: la verdad del hombre no se cumple si no es desde un ámbito teologal; nos abre a la escucha de la Revelación.




Una vida buena y lograda incluye salud, placer, bienestar, gozar de buena fama, honor —estimación y reconocimiento por los demás y la sociedad—. Todos estos son bienes importantes que contribuyen a la felicidad, pero sobre ellos la práctica de la virtud, la familia y la amistad son claramente más importantes. Además, su posesión pacífica, sin la amenaza de perderlos, conduciría —según Aristóteles — a una vida feliz. Una vez más la esperanza de la felicidad requiere de alguien que selle el proyecto para siempre, Dios; que despeje el temor de la pérdida.

Nuestra vida consiste en la tarea de la felicidad, tarea hecha de trabajo interior y de gozo lúdico, ambos son necesarios. La tarea de la felicidad supone conjugar: ilusión, encargo, movilización de nuestros recursos, dejarse ayudar, superación de dificultades, pues todo esto a lo largo del tiempo contribuye a nuestra realización.

Es importante para la vida lograda un proyecto vital global que —desde nuestra vocación y deseo radical— confiera unidad de vida. Sin un proyecto fuerte la vida se fragmenta, se atomiza y la felicidad resulta inalcanzable, se diluye o malvende por instantes pasajeros de placer, algo que el relativismo de la post modernidad favorece. Esta fragmentación del tiempo por falta de proyecto fuerte hace que nuestro carácter futurizo se seque y no llegue a articular nuestra temporalidad en coherencia y construcción. También esta fragmentación está en la raíz de que nuestra sociedad del bienestar, aun poseyendo de todo más que nunca en la historia, no cese de producir personas infelices. Recuérdese que una elección fundamental es esencial y que se revive y actualiza en cada acción concreta reforzando su consecución, fortaleciendo a la persona frente a las posibles desviaciones, pero simultáneamente permanece siempre en juego en cada acción, pues nunca es lograda del todo en esta vida. Así, la elección esponsal por la felicidad en la fidelidad va integrando armónicamente las vivencias y acciones de cada uno de los conyugues; sus actos de amor, perdón, entrega, etc., refuerzan su elección y la fortalecen, refuerzan el amor y abren ámbitos de confianza, comunión y gozo nuevos. Además, hacen poco probable la traición al proyecto común y al otro, aunque no excusa de la vigilancia, todo lo contrario, la anima y hace feliz en la conciencia de la propia fragilidad.

72. Cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*.

En la sociedad nos encontramos hoy con ofertas de sentido alternativas a la felicidad tal y como la acabamos de caracterizar:

1. **Nihilismo**: Esta filosofía no consiste tan solo en percatarse del riesgo de la nada frente al ser y la creación, sino en una decisión y voluntad expresa por la nada: querer la nada como fondo de todo lo que hay. Puede caer en la desesperación y en percibir la vida como insoportable. Desde ahí ofrece diversas actitudes ante la vida:
   a. El **absurdo** que lleva a una **vida cómico-trágica** como reacción: todo acaba fatal y nada tiene sentido, pero riámonos de ello.
   b. El **cinismo**: la falsa risa de quienes por no tomarse nada en serio llegan hasta el punto de que broma y seriedad coinciden.
   c. El **fatalismo**: es imposible cambiar de vida, así que hay que resignarse e intentar disminuir el dolor.
   d. El **pesimismo light**: la vida es un fracaso, no te la tomes demasiado en serio ni a ella ni a tus proyectos y fracasos.
   e. Por contrapunto, la **ebriedad de la vida**: sexo, alcohol, sobrepasar todos los límites, etc. Flotar un instante sobre la nada.




2. **Poder**: Si abres los ojos al mundo esto es lo real: elije buscar el dinero y sigue la ley del más fuerte.

3. El **fragmento**, sin Dios, sin verdad (relativismo) solo queda repetir y repetir la búsqueda de un placer momentáneo y terriblemente parcial, antes de que sea demasiado tarde para no gozarlo más, buscando una gratificación inmediata.

4. **Individualismo**, consiste en la búsqueda del propio interés: cada uno lo suyo, sólo hay una moderación objetiva, no estorbarnos y dañarnos para lograr el mayor **bienestar egoísta**.

5. El **consumismo** que convierte el estado de bienestar en su único fin que identifica la felicidad con **calidad de vida**. La vida sin calidad no sería vida, ¿quién determina la calidad? Estemos atentos a lo que vamos a decir del dolor dentro de poco.

Estas ofertas, que podrían ampliarse o sistematizarse de otros modos, se cierran a Dios y a la trascendencia de la persona. Cuando Dios no entra en el proyecto de felicidad y en la oferta de sentido, toda oferta de sentido y proyecto resulta incapaz de responder a la verdad del hombre, lo que se manifiesta, además, en que en la

práctica carecen de un proyecto real, válido y realizable, quedan tan solo en palabras hueras incapaces de vertebrar acciones de futuro. Son mera apariencia con devastadoras consecuencias.

Antes de cambiar de apartado quiero subrayar una vez más que la felicidad concebida en relación con Dios no es sólo verdad que el hombre pueda conocer por Revelación. La filosofía nos lo ha ido mostrando con tanta fuerza como está presente también en otras formas de sabiduría humana. Ya Confucio sostuvo que: "Solo hay dos caminos: la benevolencia o el egoísmo" y que: "Si no se respeta lo Sagrado, no hay nada sobre lo que se pueda edificar una conducta".

*Cuanto llevamos estudiado nos muestra que la persona es una realidad ética. Para el hombre, la ética es el arte de vivir caminando hacia la plenitud de modo libre y responsable. La ética es respuesta, responsabilidad, desde la libertad a la vocación de nuestro ser en el que los demás y Dios son centrales. La ética no es un conjunto de normas sistemáticas y externas, es mucho más, es la radical forma en que la persona se realiza en cuanto tal. Corresponde a la Filosofía moral o Ética, el estudio concreto de las fuentes de la moralidad y los criterios objetivos y válidos para orientar la acción de la persona. La Antropología aporta a la Ética fundamento con su estudio de la dignidad personal, la libertad, la vocación del hombre y la naturaleza humana, que constituyen la dimensión moral de la persona.*

## II. El hombre ante la enfermedad y el sufrimiento

Pero aun sosteniendo un proyecto de felicidad en que Dios juega un papel central, el hombre se encuentra con dos graves obstáculos: el dolor y el mal. Reflexionemos ahora sobre el primero. ¿Qué es el mal físico? ¿De dónde viene el dolor? ¿Qué papel juega?

La presencia del mal que nos afecta causando dolor y sufrimiento parece interrumpir y convertir en inviable el deseo de felicidad. El dolor hace acto de presencia antes o después en la vida de todos y cada uno. La cultura bíblica pone voz a este hecho por boca de Job: "El hombre, nacido de mujer, corto de días y harto de tormentos"[73], momento de juicio pesimista que Schopenhauer convierte en constitutivo metafísico pues: "toda vida *es* dolor"[74]. El dolor físico aparece porque somos vivientes en la materia; pero, además —como seres de carne— estamos esencialmente abiertos a que nos afecte el dolor psíquico y el sufrimiento moral.

Las líneas que siguen quieren ser leídas desde la consciencia de que en el fondo hay un misterio inefable en el sufrimiento humano que sólo vislumbra una vía de senti-

73. Job 14,1
74. A. SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación* (Ateneo, Buenos Aires 1956) 56.

do plenificante desde Cristo. No todo puede explicarse filosóficamente sobre el dolor, la razón debe modular su sonido en voz tenue y temblorosa, pero con esa voz sí pueden decirse —desde el respeto más hondo a quien sufre— algunas líneas racionales que ayudan a afrontarlo, a pensarlo y que apuntan lo bien que cuadra la oferta cristiana de Jesús muerto y resucitado con el misterio que se abre donde la reflexión filosófica queda exangüe. Respuesta teológica que conserva en sí la luz y la sombra del misterio.

## La persona humana es un ser expuesto al dolor: *homo patiens*

La carne que somos implica la actividad de pasiones y sentimientos, tendencias y afecciones, que nos exponen a las demás realidades, mostrando nuestra fragilidad. Recordemos que, entre nuestras tendencias básicas, la concupiscencia nos mueve mediante el principio del placer y el dolor, de modo que así podamos sobrevivir y realizarnos pues el dolor nos empuja a alejarnos y protegernos del mal. Sí, biológicamente el dolor tiene un papel: si mi muela no me doliese, cuando me diese cuenta del daño mi dentista estaría feliz pues tendría que reconstruir toda la boca, con la consiguiente factura; mejor que me duela pronto para arreglarla antes de que vaya a más. El dolor físico es una señal de alarma para cuidar algo.

Pero como seres de carne no sufrimos solo a consecuencia de los males físicos y psicológicos, también somos pasibles mediante el sufrimiento moral: ante un fracaso, ante una relación que no funciona, ante las heridas afectivas, un proyecto truncado, etc. Este dolor no es predecible pues la vida tiene un componente de improvisación, de contingencia: el mismo viento que empuja un velero hacia su destino puede alejar a un náufrago de la costa (Yepes).

**Experiencia del dolor**: el dolor es personal, intransferible y afecta a toda la persona.

El dolor afecta a la persona en su unidad, 'me' duele el brazo, decimos (no se duele el brazo y me lo cuenta). El dolor se experimenta en diversos niveles: exterior (más sensible), interior (psíquico), hasta llegar al desgarro íntimo, como cuando decimos que "me duele el alma". Además, las personas tenemos distintos niveles de tolerancia al dolor, por eso no se puede comparar entre sí con rigor el dolor de dos personas. Por la unidad de la persona hay una circularidad entre el dolor psíquico y el dolor físico. El dolor puede tener su causa en la privación de la salud física, en la psíquica o en ambas la vez, se sea consciente o no; y también puede reflejarse lo psíquico en lo físico y viceversa. El sufrimiento moral también interactúa con el nivel orgánico y psíquico. Todo esto hace de cada dolor una realidad única e irrepetible —la espiritualidad cristiana no generaliza el dolor, no lo despersonaliza, es de las pocas sabidurías, por no decir la única, que tiene en cuenta esta verdad del dolor (Regamay) e invita a vivirlo uniéndolo a Cristo, completando en los miembros la Pasión del que es Cabeza del cuerpo—. Es verdad que podemos acompañarnos unos a otros en los momentos de dolor, intentar cuidarnos, curarnos, etc… pero el dolor es intransferible. Yo no puedo tomar el dolor de otro y quitarle así el suyo, por más que le alivie mi presencia a su lado y por más que su dolor me apene, y por más que desee yo sufrir en su lugar por amor.

El dolor físico se intenta combatir con la medicina, el psicológico con diversos métodos y vías terapéuticas. Pero la técnica no puede eliminarlos absolutamente, antes o después, salvo que muramos, aparece un componente de sufrimiento menor o mayor que nos acompaña en la vida. Nuestra temporalidad conlleva el deterioro de nuestro organismo y más pronto o más tarde, con mayor o menos intensidad, salvo una muerte repentina, la enfermedad y la limitación física entran en nuestra vida. Además, el sufrimiento moral no se soluciona con la medicina ni la psiquiatría, requiere ante todo de la vivencia religiosa y de la interpersonalidad.

## Reacciones ante el dolor

Ante la presencia del dolor en su vida los hombres reaccionan y lo teorizan de diversos modos para intentar hacerse cargo de él o eliminarlo. Estas son algunas de las propuestas dadas en la historia del pensamiento ante el dolor:

1. Es el **destino** de un viaje a ninguna parte, esta es la visión negativa y pesimista que cierra toda vía a la esperanza y que lleva a vivir el dolor como carga inevitable, sin posibilidad alguna de entender nada en él, un dolor que es ciego y cegador. Instala a la persona en la inacción y la tristeza.

2. El **materialismo** del *homo faber*, tanto el del marxismo como el del capitalismo, reacciona contra el dolor con su única herramienta: aplicar técnicas para abolirlo. Pero, cuando no puede, cae en el vacío. En ningún momento es capaz de descubrir o aportar sentido a la vivencia del dolor.

3. Los **estoicos**, afirman la fuerza de la naturaleza ante la que el hombre puede doblegarse voluntariamente aliviando algo la carga. Para la Estoa el destino guía al que lo acepta y arrastra al que lo rechaza. La vida queda sumergida de nuevo en el pesimismo, es siempre tragedia, no hay final feliz.

4. El **Budismo** se propone anular el deseo para acabar con el dolor. De nuevo el dolor aparece cerrado a cualquier luz dadora de sentido y el hombre debe diluir su vitalidad para apagar el sufrimiento.

5. La ***New Age*** propone superar el dolor mediante un salto de nivel de consciencia, mediante la gnosis que permite no sentir el dolor por alcanzar una armonía superior de tipo holista. Es la postura más cruel, pues cuando el iniciado en la



nueva consciencia es atacado por la enfermedad no le queda otra salida que pensar que la culpa del dolor es suya pues no ha logrado el nivel de gnosis adecuado, encerrando al paciente en un círculo vicioso de fracaso y de autosuficiencia impotente.

6. ***Bíblica***: la Revelación propone una solución ético religiosa: Dios abraza el dolor de todos y cada uno dentro de sí en Cristo, venciendo al final la vida al dolor y la muerte. Desde él el hombre puede vivir su dolor dotándole de sentido.

Ante el dolor muchas filosofías quedan, pues, mudas mostrando su insuficiencia. Hoy nos encontramos viviendo, como señala K. Lorenz, una cultura infantilizada que solo quiere el lado plácido de la vida. Nuestra sociedad solo quiere abolir el sufrimiento, por eso cuando llega al límite y no puede hacer más contra el dolor es una sociedad que ya no tiene nada que decir, deja a la persona sola y abandonada. En una sociedad así el planteamiento de la eutanasia es lógica consecuencia, es lo único que queda por hacer para acabar con el dolor. ¡Qué distinto a la atención y cuidado del débil que dimana de un dolor vivido con sentido! ¡Cómo se ilumina la relación médico y enfermo!, logrando promocionar el encuentro personal frente a la tecnificación y masificación, siempre atentos al momento ético de dicha relación[75].

Sin embargo, hay más posibilidades para la persona ante el dolor. Es cierto que el dolor puede vivirse desde el victimismo y dramatizarse extremosamente —como los niños cuando exageran un pequeño dolor que no saben medir ni saben cuánto durará—, pero también es cierto que el dolor puede integrarse y aprovecharse. El sufrimiento aceptado ayuda a madurar y a hacerse fuerte. Descubrir y experimentar este papel del dolor supone aceptar el momento dramático de la existencia, más allá del *soft way of life* y la cultura tecnocrática. Es entonces cuando el llanto del hombre se hace llanto auténtico por la ausencia de un bien verdadero, llanto que encuentra remedio en la esperanza dadora de sentido.

V. Frankl lo dice así: "La enfermedad me es dada como una tarea; me encuentro con la responsabilidad de lo que voy a hacer con ella"[76] y si la asumimos vemos que el verdadero resultado del sufrimiento es un proceso de maduración.

Podemos indicar tres escalones en la experiencia del dolor por parte de aquella persona que lo acepta y busca darle sentido, aquí, como en casi todo, la educación es clave para no crear personas que se derrumben ante el dolor:

1. El dolor purifica pues supone una catarsis primera que permite acabar con las ilusiones infantiles de un mundo irreal. Desmontar lo que no es real, lo que es mera fantasía, siempre es bueno. Una persona que viva un mundo imaginario no puede crecer por no poder afrontar su propia verdad. También el fracaso —no alcanzar el objetivo de nuestra acción, o nuestros ideales— es doloroso, pero forma parte de nuestra vida. Quien integra el fracaso con un sano reírse de él aprende a entre el yo que quiere ser, el yo que aparenta ser y el yo que realmente somos, una vez distinguidos podemos atrevernos a ser quien uno realmente es.

**75.** El conocimiento de la verdad por parte del paciente, la visión personalista y ética de las intervenciones y procedimientos quedan enriquecidas enormemente.
**76.** V. FRANKL, *El hombre doliente* (Herder, Barcelona 1987) p. 255.

2. Además, el dolor puede conducir a que la persona se eleve, sea más dueña de sí: gane libertad. El dolor eleva al hombre por encima de sí mismo —como describe C. S. Lewis[77]— más allá de sus caprichos y deseos, nos libera de la voluntad insumisa al amor. Y en este sentido nos redime, nos salva de nuestro egoísmo y ceguera. Nos abre a la comprensión del hermano que sufre, a la misericordia y la solidaridad.

3. Por último, podemos vivir el dolor dotándolo de sentido. Esto ocurre solo si puedo sufrir por un algo o por un alguien[78]. Mis sufrimientos son 'convertidos' en medios para hacer felices a las personas amadas. Los motivos para aguantar el dolor son claves: una madre que sufre por su hijo, por ejemplo. El dolor por alguien, por amor, puede alcanzar la vivencia del **sacrificio**, mostrando el poder del amor para llenar el vacío del dolor dando el sentido de la entrega. Así, paradójicamente, el dolor se convierte en ocasión de máxima libertad y realización.




También en el dolor, nuestra finitud y limitación muestran que amar implica exponerse a sufrir, que el sufrimiento es precio del amor. Amar es correr el riesgo de que el mal del amado, o su ausencia o su traición nos hieran. Creo que en este punto hay una verdad más radical que supera nuestra capacidad filosófica y que vislumbramos en ese Dios que en Cristo se ha hecho carne capaz de sufrir por su amor eterno hacia nosotros. Toca al teólogo pensar en la imagen y la semejanza que la amorosidad doliente del hombre refleja.

Desde Cristo existe la posibilidad de dar sentido al dolor que aparece en nuestra vida. Para el creyente la unión con Cristo puede extender el sentido redentor del dolor de la Cruz a todos sus dolores personales. Los griegos veían como necesario, como un *fatum* ante el cuál sólo cabe sobrellevarlo con *ataraxia*. El cristianismo no es así, lucha contra el dolor con todos los medios legítimos disponibles, pero cuando éste aparece con su irremediabilidad no huye hacia el absurdo ni la resignación, pues tiene el poder de darle sentido. Esta oferta es vital para nuestra sociedad. La experiencia del cristiano que sufre manifiesta el poder de un Cristo sufriente que se acerca a él, pero si seguimos esta línea sobrepasamos los límites de la filosofía. Hágalo, continúe esta reflexión, pero sabiendo que es ya reflexión desde y en la fe. Si puede lea *Salvifici Doloris* de Juan Pablo II.

**77.** C. S. Lewis, *El problema del dolor* (Rialp, Madrid 1994) p. 114. La película *Tierras de penumbra* aborda el contexto existencial en que surgió esa reflexión: la muerte por cáncer de la persona amada por Lewis.
**78.** V. Frankl, *El hombre doliente* (Herder, Barcelona 1987) p. 258.

## III. El hombre y el mal moral: el misterio de la iniquidad

Si bien es cierto que el mal físico y el dolor están siempre en la vida de los hombres con su misterio; no es menos cierto que un misterio de similar hondura late en el origen del mal moral, del mal que los hombres nos infringimos unos a otros abriendo espacio al establecimiento de mal en la historia y en el mundo.

La persona es intrínsecamente moral, tiene una dimensión ética esencial que no puede obviar, los rasgos de la acción humana en que libremente conjugamos inteligencia y voluntad y que fueron estudiados en el tema 3-UD 2 convierten el actuar humano en un quehacer moral. Contamos con elementos para poder discernir entre el bien y el mal con acierto.

### La conciencia moral

Los hombres tenemos conciencia moral, no solo psicológica. Conciencia es la capacidad de juzgar la moralidad de la conducta humana propia y ajena, el bien y el mal. No juzgamos con ella el bien o mal técnico o deportivo —si es un buen ingeniero o un mal futbolista— sino el bien y mal moral que afectan a la persona en su profundidad y por los que decimos: eres buena persona o no. Hay acciones que afectan a la persona superficialmente —lavarse las manos afecta a la exterioridad de las manos— pero hay otras —como mentir, traicionar, perdonar o amar— que afectan a la interioridad. Espontáneamente las personas nos damos cuenta de ello, así la modelo Valeria Mazza al ser preguntada si había rechazado algún trabajo dijo: "Sí. Nunca hice un desnudo ni pasé ropa transparente. Al principio me costaba mucho negarme, porque lo que quieres es trabajar, pero me daba cuenta de que eso afectaría seriamente a mi personalidad".

Obrar en conciencia significa seguir esa verdad que suena en nuestro interior y que en el fondo tiene su origen en Dios. Obrar en conciencia no tiene el sentido superficial y vano de guiarse por el hacer lo que me gusta o apetece en cada momento, tan frecuente en el uso popular, como si fuésemos relativistas. Lo normal es que todos nos preguntemos por el bien y el mal y discutamos sobre ellos, lo cual manifiesta que pensamos que son objetivos y universales, pues si no ni siquiera entablaríamos ese diálogo, esperamos tener razón sobre lo que es bueno y lo que no. La entrega del padre Kolbe para sustituir a ese padre de familia es una acción de valor universal, que suscita la admiración en todos, aunque el papá hubiese muerto al día siguiente; hay valor absoluto, objetividad, universalidad y la conciencia moral nos lo dice, lo experimentamos así.

(TA) Sostener el relativismo moral absoluto con convencimiento es posible solo cuando faltan experiencias morales básicas, o si alguien por su educación no ha tenido la posibilidad de esa experiencia moral, p. e. la experiencia de que es malo matar al inocente o pegar a su propia madre. Incluso cuando comparamos valoraciones morales diversas entre culturas las diferencias llaman la atención precisamente porque hay más coincidencias que diferencias. Incluso la tolerancia ante las posturas diversas se funda en una noción de persona que pide respeto, sino se caería en el absurdo de una tolerancia indefinida, el respeto es valor universal. La conciencia supera el relativismo.

Quien obra en conciencia puede tener que afrontar riesgos, persecuciones e incluso la muerte, pero tan alto es el origen de la conciencia que empuja con fuerza. Gandhi cuenta que cuando faltaba a la ley vigente en la India no lo hacía por desobedecer a la autoridad británica, sino por seguir la ley más honda de la conciencia. Todos conocemos el drama de Sto. Tomás Moro, y como afrontó su injusta ejecución por obrar en todo momento en conciencia, conciencia que sabía lugar de encuentro con Dios.

Es verdad que: "Tener conciencia es el signo más terminante de la persona" (R. Spaemann), pues en ella Dios es la instancia de responsabilidad primera; sin Él no experimentaríamos la obligación ni podríamos descargarnos en conciencia, pues si fuésemos nosotros mismos la instancia primera no experimentaríamos la fuerza y peso de la conciencia y recaería sobre nosotros toda la carga del legislador absoluto. Esta vinculación de la conciencia personal con Dios nos libra de todo individualismo egocéntrico y nos muestra hasta qué punto tenemos la responsabilidad de nosotros mismos.

(TA) La conciencia es una forma de experiencia de sí: me experimento como moral y responsable. Actúo en conciencia cuando asumo que esta acción mía cae o no bajo esta regla —así cuando David reconoce su culpa ante el profeta Natán reconoce que su acción no respetó una ley superior—. Cuando hacemos esto no estamos deduciendo casos dentro de una regla, no es cuestión de razonamientos, sino que la conciencia actúa como instancia absoluta ya que yo soy responsable de meter mi obra en la regla. La conciencia me hace responsable. La conciencia es a la vez voz de ningún sitio —independiente, objetiva, trascendente—, voz de Dios y voz de la propia razón.

La conciencia moral está iluminada por la luz de la ley natural y de los primeros principios morales, desde donde cada persona va justificando sus obras y su vida. Tampoco podemos olvidar que la conciencia ha de ser cuidada, formada y reforzada por una vida coherente. Es así como percibimos los valores con su objetividad y fuerza de atracción.

(TA) Una conciencia errónea, aunque no tenga la culpa de su error, no es una conciencia tranquila, pues al descubrir el mal que hacía antes me siento culpable de mi ignorancia previa: la misma conciencia pide verdad y formación. Además, la ética estudia las fuentes de moralidad de la acción que de modo connatural la conciencia usa en nuestra vida ordinaria: el objeto de la acción en sí, su fin propio y objetivo, la intención subjetiva y las circunstancias, con ello sabemos cómo podemos actuar bien. La acción moral hace entrar en juego la verdad de los bienes, la verdad de la acción y la verdad de la persona.

Pero a pesar de la conciencia y su capacidad de verdad, a pesar de todos los valores, los hombres actuamos el mal. ¿Por qué? Es parte del misterio de nuestra libertad.

## Libre elección del mal

Nuestra libertad hace que podamos elegir lo que es malo que siempre bajo algún aspecto nos resulta bueno y apetecible. Podemos autodeterminarnos al mal aún a sabiendas de que es mal y de que a la larga produce infelicidad. El pecado[79] como experiencia personal de la carne que somos es una realidad ineludible que no puede escamotearse en la búsqueda del quién soy.

79. Usamos 'pecado' sin entrar en su sentido estrictamente teológico de aversión a Dios y pérdida de su amistad y gracia.

Las facultades de nuestra naturaleza nos capacitan para un actuar libre, orientado al bien y la verdad. El conjugarse entre voluntad e inteligencia (sin olvidar la afectividad) nos mostraron de qué modo nuestra apertura nos hace responsables y señores de nuestro actuar. Somos de tal manera que actuar bien depende de nosotros mismos, no hay un mecanismo biológico, ni racional, ni espiritual que determine y fabrique obras buenas. No basta con saber lo que está bien como el intelectualismo socrático pensaba con excesivo optimismo, de modo que, rellenado el saber, se fabricarían obras justas. Es verdad que en nuestras acciones hay un componente de fragilidad, de fallo (falibilidad), a veces podemos actuar mal por falta de conocimiento, por violencia externa, por presión, etc. Pero esos actos no son del todo nuestros, en ellos no reside el mal en cuanto tal; aunque objetivamente sean malos no somos responsables de ellos. Elegir el mal no consiste en errar, aunque elegir el mal sea uno de los mayores errores de la vida. La persona otorga poder al mal con su libre elección, se decide por el mal, hace real el mal, aunque sea en vistas a algo bueno que le parece más importante, pues al optar contra el orden de los bienes y el orden del amor se fractura y fractura el mundo (S. Agustín y M. Scheler). La conciencia no deja de denunciar la realidad de nuestras decisiones por el mal.

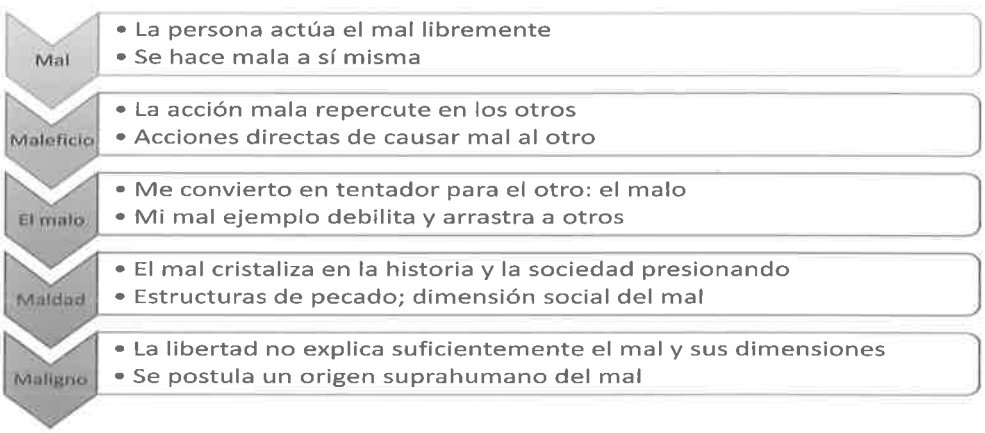
## Dimensiones del mal

Más allá de cada elección concreta por el mal, más o menos expresa, cuando la persona elige el mal ocurren varias cosas:

1. La persona se hace así misma moralmente **mala**, se quiere como actuante del mal, atenta contra su dignidad moral (cf. T.1-UD2) y debilita su libertad (cf. T.3-UD2).

2. En cuanto que el mal daña a los demás hombres —unas veces directamente, otras indirectamente por la vinculación esencial con todos los hombres— el mal reviste la forma del **maleficio** (causar mal), nos hacemos maléficos para los demás, para la sociedad y para el mundo (piénsese también en el daño que podemos infringir al planeta y la acuciante cuestión ecológica).

3. También nuestra acción puede empujar a otros hacia el mal, inducir, atraer, seducir, debilitar, etc. Cuanto más fuerte sea ese influjo interpersonal hacia el mal nos convertimos en '**el malo**' para el otro, en el tentador que les hace malos, incluso de forma intencionada. La complicidad anónima es muchas veces una forma de esta dimensión del mal.



4. Nuestras acciones malas junto a las de los demás se depositan en las estructuras sociales y en la historia produciendo la presencia de un vector de **maldad** histórica que presiona sobre todos. En teología, Juan Pablo II lo denominó 'estructuras de pecado'[80], que resultan difíciles de transformar.

5. Algunos pensadores se percatan del carácter tremendo que el mal cobra, adquiriendo dimensiones suprahumanas, lo que les lleva a hablar del misterio de la **malignidad** e incluso del Maligno, bien en clave impersonal, bien en conexión con la revelación cristiana y el tentador. Esta verdad para el creyente aparece en el relato de la Caída, cuando el hombre se decide por el mal inducido por el maligno, no a iniciativa propia.

## ¿Por qué hacemos el mal?

La reflexión sobre el mal —sin olvidar el descubrimiento de la libertad como una libertad para el amor— nos han mostrado cómo es posible que el hombre elija el mal desde la indeterminación de la voluntad y el hecho de que todo cuanto es real en algún sentido sea también bueno y merecedor de amor.

Sin embargo, la dimensión del mal que descubrimos en la historia, especialmente visibilizado en el s. XX —dos guerras mundiales, holocausto, gulags, campos de exterminio, aborto, hambres, terrorismo, explotación de personas— y la lucha del hombre contra el mal en su interior tantas veces impotente—hago el mal que no quiero, S. Pablo—, muestran una desproporción asombrosa entre nuestro poder y el poder del mal, que apunta a un misterio inexplicado: ¿de dónde tanto mal y tan poderoso?, ¿sólo del hombre?

Los filósofos han intentado responder por varios caminos.

1. Un intento de respuesta es la ignorancia, el mal se reduce a error, tremendo error, pero tiene cura: educación, ilustración, superar la ignorancia. Sócrates, la Ilustración en su mayoría, la *New Age* en cuanto gnosis y el Transhumanismo, cada uno a su modo piensan que, con más ciencia, más educación el mal se acaba y el hombre con la sociedad se transforman a mejor. Es evidente que una educación personalista honda y seria es imprescindible y siempre de gran ayuda, no debemos descuidarla nunca. Es cierto que si el hombre conoce la verdad y el bien será más difícil que hagamos el mal, pero tenemos experiencia de que hacemos el mal aun cuando sabemos que es mal. Además, no basta con decir que, en el fondo, no sabemos del todo lo malo que es el mal que elegimos pues si lo supiéramos no lo haríamos. Al creer eso estaríamos condenando al hombre al infantilismo permanente o negando la realidad de nuestra libertad; con lo cual abandonaríamos la responsabilidad de mejorarnos y mejorar el mundo.

2. Otra vía ha consistido en atribuir el mal a las estructuras e instituciones sociales con un poder mayor que el individuo. El hombre es bueno por naturaleza, pero la sociedad lo hace malo. En esta idea se basa el sistema penitencial español para buscar la reinserción de los penados. También Rousseau, —recuérdese el Emilio— piensa que la sociedad urbana corrompe al hombre. El marxismo

80. JUAN PABLO II, *Sollicitudo Rei Socialis* (Roma 1987).

desde su lectura dialéctica y conflictiva de la historia a base de leyes deterministas también podría situarse en esta posición por pensar que el hombre actúa mal debido a la clase a la que pertenece por la que queda imbuido de las ideologías y valores correspondientes que le pueden llevar a explotar al prójimo, p. e. La verdad de la vivencia del mal y su peso social ha sido puesta de relieve por R. Girard y su tesis del mecanismo sociológico del 'chivo expiatorio' por el que los hombres buscamos culpables en los que pagamos las injusticias sufridas —aunque el que pague sea inocente de mi mal le hago pagar pues algo malo habrá hecho—, esta tesis ilumina ciertos movimientos culturales y sociales de culpabilización y violencia, también sirve para estudiar el trato que recibe la Iglesia en Occidente; pero no llega hasta el fondo antropológico último del mal.

(TA) En el momento presente nos encontramos con que el pecado, en su acepción estrictamente ética, se explica desde parámetros insuficientes. Por un lado, se identifica el pecado con la falibilidad de la naturaleza humana, se trataría de algo natural, algo inevitable. Por otro lado, nos encontramos con los herederos del pensamiento ilustrado de Rousseau. Para este pensador que socializa al extremo el intelectualismo característico de la tradición socrática, la culpa de que el hombre peque reside en la sociedad, la cual pervierte su natural inclinación al bien haciéndolo malo; una adecuada educación permitiría construir hombres nuevos capaces de vivir y edificar una sociedad justa. Como podemos apreciar en el Emilio. Se elimina así, la responsabilidad personal en la prosecución de la propia perfección y la mejora de la sociedad, la culpa es siempre de los otros, del colectivo, que como por una especie de contagio, al modo del mal ejemplo que sostenían los pelagianos, hacen al hombre malo. Pero al final no se da respuesta por no haber metafísica. Se va trasladando el problema sin solucionarlo con la regresión histórica, se secularíza la Escritura, y se forman equilibrios inestables y poco creíbles que intentan cubrir el auténtico problema: ¿por qué la injusticia?

3. En tercer lugar se puede admitir el mal como componente del hombre, como parte de su naturaleza. Es lo que hizo Hobbes en el *Leviatán*: el hombre es lobo para el hombre, dar carta de naturaleza al mal. También sería una interpretación naturalista la que ofrece Nietzsche: El mal debe perder el nombre de mal, ya que el hombre nuevo es creador de valores; en el fondo el pecado es una debilidad que el cristianismo ha introducido en la historia, un recurso teológico interesado. La voluntad de poder del superhombre queda consagrada como único criterio de verdad y de actuación. La idea de fondo es la misma: el mal pertenece a la naturaleza, se identifica con la naturaleza, por lo tanto, para Nietzsche no debería ser malo, pues no se puede llamar mal a aquello que es natural, este error debe ser corregido. Como no puedes con tu enemigo únete a él, parecen sugerir, lo que hay es lo que hay, pero aquí no hay esperanza.

4. Otros pensadores buscan el remiten a una caída originaria: Platón es de una agudeza increíble. Kant propone que ésta consiste en el 'mal radical': cuando el hombre renuncia a su humanidad dejando de ejercer su responsabilidad ética, el mal originario no es tanto una falta contra un mandato como el no vivir la exigencia de moralidad deshumanizándose. En su línea encontramos la respuesta de H. Arendt en su reflexión sobre el porqué del poder terrible del nazismo que utilizó la colaboración de hombres cultos y honorables: la banalidad del mal, el mal es terrible porque el hombre puede esconderse de su responsabilidad banalizando aspectos y consecuencias de sus actos, reduciendo su conducta personal a un cumplimiento funcional de deberes externos que le aíslan de su papel en la historia y de las auténticas consecuencias de su acción. En su teoría influyó su

maestro Heidegger quien habló de la caída del hombre en un estado de inautenticidad del que debería escapar. ¿Se podría incluir aquí la filosofía del hombre falible del gran pensador protestante P. Ricoeur o más bien en el punto 3? Se trata de grandes intentos que sin embargo tan solo rozan las puertas de un misterio que sobrepasa: cómo el mal sobrepasa en sus efectos y origen al hombre. La mayoría además no ofrecen una salida esperanzada ni al hombre individual ni a la humanidad.

5. La sabiduría teológica, aún con sus grandes diferencias —judíos (pecado original), catolicismo (naturaleza humana herida), protestantismo (naturaleza corrompida)— ofrecen una respuesta coherente con el interrogante que percibe la razón: en el origen hay, junto a la libertad del hombre, un tentador que explica la tensión antropológica y social ante la desproporción del mal. Además, la oferta de sentido del cristianismo muestra un Dios que abraza en su seno, venciéndolo, el dolor y el mal —en toda su particularidad y universalidad: todos y cada uno de los dolores y males— en la Pasión y Resurrección de Cristo.

## CONCLUSIÓN

Pensar el misterio del mal que hacemos y el dolor que sufrimos pide acoger todo su dramatismo, afectando a todas y a toda la persona. Una auténtica filosofía del dolor, del sufrimiento y de la injusticia sólo se puede plantear con rigor si se consideran sus dimensiones antropológicas profundas. Debemos situar el problema del mal dentro de la dinámica de plenitud de la persona que incluye la dimensión corpórea, la dimensión interpersonal y la dimensión trascendente, considerando la historicidad y socialidad. El mal afecta a todas ellas y pone a la persona ante su limitación y su miseria. El hombre que está constitutivamente necesitado de los demás y de Dios (cf. tema 1-UD2) además se descubre incapaz de vencer con sus solas fuerzas el mal que experimenta y que le sobrepasa por tantos lados. La antropología filosófica permite superar diferentes formas de falso optimismo que la filosofía ha elaborado, esos buenismos que cierran el hombre sobre sí mismo y sus solas fuerzas, se trata del relativismo, del culturalismo o del pedagogismo, para vencer el mal.

Ante el misterio del mal, la filosofía queda en un estado de apertura direccional, la docta ignorancia le lleva a decir: no sé de dónde ni cómo vencerlo, pero al menos puedo entrever por dónde puede venir su causa primera y de qué tipo de acción puede venir la superación. Esto permite discernir entre las respuestas que el pensamiento y las religiones ofrecen cuáles responden mejor a la verdad del hombre. La reflexión sobre el mal conduce a una razón en apertura modulada, predispuesta, para acoger sólo aquella respuesta que

calme auténticamente su sed. El hombre aparece con su dimensión intersubjetiva y teologal en la búsqueda de plenitud necesitado de redención. La carne se descubre no solo limitada sino capaz con su libertad de destruir y destruirse, pecadora y deseosa de liberarse del pecado, deseosa pero incapaz por sí sola. De nuevo aparece una apertura direccionada que en reflexión teologal remite al acontecimiento de la Encarnación y de la Cruz. Esta reflexión antropológica se complementa con la aportación de la metafísica en su apartado de Teodicea, dónde el mal físico, como el que ocurre en las grandes catástrofes, pone la pregunta desde el valor inconmensurable de la persona ante la noción de Dios que el filósofo alcanza. A esa asignatura me remito en la que también se apunta a un Dios capaz de abrazar el mal y vencerlo en coherencia con la experiencia de la Cruz.

El estudio de la felicidad, del dolor y del mal requieren ser vistos también en conexión con la dimensión interpersonal y social de la persona humana. No puedo ser feliz aislado y sin trascendencia, mi dolor puede transformarse en ocasión de amar y puede vivirse mejor si estoy adecuadamente acompañado, la dinámica del mal que influye en los demás también es más fácilmente superada si vivimos en familia y sociedad de modo ético y constructivo. Por eso los dos temas siguientes los dedicamos al estudio de la familia y la sociedad.

## Ejercicios de autocomprobación

***I. Lea las siguientes afirmaciones e indique si son verdaderas (V) o falsas (F):***

1. Todo hombre tiene una vocación a su plenitud y felicidad..... V F
2. La felicidad se consigue siempre independientemente de la vía elegida..... V F
3. El hecho de elegir una vía de felicidad convierte esa vía en auténtica fuente de felicidad..... V F
4. La realización del hombre está abierta a múltiples posibilidades creativas y libres..... V F
5. La realización de cada persona está predeterminada por Dios..... V F
6. El hombre es responsable de cumplir con exactitud un plan predeterminado para él..... V F
7. El hombre es responsable de elegir bien y de abrir nuevas posibilidades de auténtica realización..... V F
8. La acción de Dios es motivo de esperanza en el cumplimiento de nuestros proyectos..... V F

9. Uno de los motivos por el que el hombre hace el mal está en la sociedad y sus estructuras que lo corrompen..... V F

10. La responsabilidad del hombre ante el mal y su felicidad nunca es imputable pues hay muchos factores que lo eximen..... V F

### 2. *Lea las siguientes afirmaciones e indique si son verdaderas (V) o falsas (F):*

1. La calidad de vida es valor suficiente para articular la felicidad y la convivencia..... V F

2. El dolor es un bien que hay que buscar para madurar..... V F

3. Sufrir por amor convierte el dolor en sacrificio y le dota de sentido..... V F

4. El dolor se explica suficientemente por la razón..... V F

5. Ofrecer los dolores con Cristo es lo mismo que resignarse ante el dolor. V F

6. La visión técnica del dolor como algo que hay que aniquilar es suficiente para el hombre..... V F

7. La huida del dolor como actitud permanente conduce al hombre a su madurez..... V F

8. La razón por la que hacemos el mal está en el error, si realmente supiéramos lo que es no lo haríamos..... V F

9. Hacer el mal es algo natural, equivale a la limitación de nuestra naturaleza. V F

10. La reflexión filosófica sobre el mal se abre con coherencia razonable al misterio de Cristo..... V F

### 3. *Comentario de texto (TA):*

Desde estos párrafos sobre Platón escriba unas líneas con su opinión personal sobre el origen del mal articulando la visión filosófica con la teológica. ¿Logra Platón explicar el origen el mal?, ¿por qué?

Es de mucho interés ver cómo un filósofo nada afectado por dogmas religiosos, como es Platón, se pregunta de manera reiterada por el origen del mal. Una primera visión superficial de la filosofía platónica tiende a interpretar la materia, indefinida y amorfa, como la causa del mal. De ahí esa visión popularizada, y ¿cómo no? errónea, de que el hombre por estar prisionero de su cuerpo está limitado y casi predeterminado a obrar el mal. Una vida ascética y filosófica que busque con sinceridad y honestidad la verdad de manera perseverante sería el camino que liberaría al hombre de la prisión de la carne que le permitiría elevarse, cual ángel, a su verdadera naturaleza libre de toda inclinación maligna. Sin embargo, Platón, que no es tan simple, afina muchísimo más. Aunque la materia es el grado ínfimo de los seres y que caer al mundo material es algo negativo y accidental, un castigo. Pero ahí está la paradoja de Platón. ¿Por qué el hombre cae en el cuerpo?

Evidentemente el origen del mal no puede residir en la materia de la cual estaba libre el ser humano antes de la caída. El 'Mito de Er' y la metáfora del 'Carro alado' intentan responder a esta pregunta. Y curiosamente, como puede verse en el *Fedro*, Platón afina muchísimo en su análisis de la culpa de la persona. En un primer momento señala cómo el caballo negro, esa parte del alma que refleja el apetito concupiscible y que sería puramente espiritual —pues pertenece a la esencia o idea de alma que es de naturaleza cuasi divina— contiene elementos negativos que es necesario moderar mediante el ejercicio de la ascesis. Fijémonos en este detalle: ni siquiera el apetito concupiscible es malo por naturaleza, Platón considera bueno al caballo negro, bueno y necesario, eso sí: contiene 'algún elemento negativo'. Luego la raíz del mal se encontraría ya en un elemento espiritual de los que componen el alma humana.

En una segunda reflexión Platón muestra cómo el auriga —la prudencia— no está predeterminado a dejarse llevar por los elementos negativos del caballo negro y ser arrastrado hacia el mundo de la materia, salvo que no actúe con todo su vigor. En última instancia, es toda el alma la que, por dejadez y falta de ejercitación, es responsable de que aquellos misteriosos elementos negativos arrastren el alma al mundo corpóreo deshaciendo su armonía y orden interior. Esto encajaría muy bien con la noción de desorden de S. Agustín.

Quizá sea éste uno de los momentos filosóficos en los que el carácter espiritual del hombre y su libertad quedan mejor reflejados dentro del pensamiento platónico. Lo que conocemos del pensamiento socrático queda ampliamente superado por la reflexión de su discípulo. Ya no se trata sólo de una cuestión de saber, indudablemente necesaria para obrar el bien, sino cuestión de *eros*, de amor, de ejercicio de la voluntad de la prosecución de la sabiduría y la plenitud del alma. Platón en este mito no es capaz de llegar más lejos, pero al menos ha constatado como elemento constitutivo del alma humana el misterio del mal.

Por otro lado, nos encontramos con el mito del 'hombre esférico' recogido en el *Banquete*. Este peculiar "mito" —que Pieper une con la hipótesis de una memoria de la revelación natural, en el sentido de memoria colectiva de la humanidad de su situación primitiva y originaria respecto a Dios— intenta dar un paso más allá en la investigación sobre el origen del mal, no solo de la sexualidad humana. Aparece el hombre real y actual como alguien incompleto, esencialmente necesitado de la plenitud debido al castigo de los dioses que lo han partido por la mitad. El estado actual de "caído" en que el hombre se encuentra se corresponde con una culpa originaria y con el castigo los dioses del Olimpo infringen al hombre. Y ¿cuál fue esa culpa originaria? La respuesta del mito platónico no deja de sorprendernos: el hombre engreído en su perfección aspiraría a destronar a los dioses de su puesto supremo en el Olimpo. Pero Platón deja abierta otra posibilidad: son los dioses quienes se asustarían del poder de los hombres y los dividirían preventivamente para evitar su rebelión. ¿Por qué?

Platón individúa cada uno de los elementos que juegan en el misterio del mal: la culpa y la limitación, lo que es de la materia (castigo) y lo que es del alma, la responsabilidad del hombre y la paradoja de que hay una herida interior impuesta desde fuera al hombre. Platón establece el marco afinando mucho pero no logra la solución. El filósofo Platón debe reconocer que el mal como posibilidad se encuentra inscrito en su propia naturaleza o interior. No se debe a algo exterior que lo arrastre y determine, tiene su origen en él mismo, en su libertad. Por eso Platón no deja de considerar el mal como algo constitutivo de la naturaleza humana, no supera del todo el naturalismo. Pero Platón conserva la tensión de la paradoja, el hombre experimenta ese mal, esa inclinación al mal, como algo que no le es propio, como algo de lo que desea liberarse, como algo que le impide ser en plenitud, como algo que quizás venga inducido desde fuera.

## LECTURAS RECOMENDADAS:

**Básica:**

J. R. AYLLÓN, *Antropología paso a paso*, 69-90 (c. 4 La conducta ética).

**De ampliación:**

G. AMENGUAL, *Antropología Filosófica* (BAC, Madrid 2007) 383-436 (c. 15 El mal, c. 16 La caída y c. 17 La culpa).

L. POLO, *Quién es el hombre. Un espíritu en el tiempo* (Rialp, Madrid 1998) 102-126 (c. 6, La ética).

C. VALVERDE, *Antropología Filosófica*, 243-254 (c. 8 § 1-2).

**De investigación:**

CONFUCIO, *Los cuatro libros* (Paidós, Barcelona 2002).

A. FRANK, *Diario* (Plaza y Janes, Barcelona 1988).

V. FRANKL, *El hombre doliente* (Herder, Barcelona 1987).

C. S. LEWIS, *El problema del dolor* (Rialp, Madrid 1994).

R. SPAEMANN, "El sentido del sufrimiento", *Atlántida* 15 (1993) 322-332.

R. YEPES STORK, *Fundamentos de antropología. Un ideal de la excelencia humana* (Eunsa, Pamplona 1977) 439-465 (c. 16).

**Desde la Iglesia:**

JUAN PABLO II, *Salvifici Doloris*, Roma 1984.
http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/hlthwork/documents/hf_jp-ii_apl_11021984_salvifici-doloris_sp.html

